



Arzobispado de
Buenos Aires

Homilía 2 de abril

Día del Veterano y de los Caídos en la guerra de Malvinas

María llora junto al sepulcro donde habían sepultado a Jesús, luego de su muerte en la cruz.

Cada 2 de abril es también motivo para llorar. Porque a pesar de que vivimos en una cultura que quiere esconder la muerte, el dolor y el sufrimiento, al mundo de hoy le falta llorar. Lloran los marginados, lloran aquellos que son dejados de lado, lloran los despreciados, pero aquellos que llevamos una vida más o menos sin necesidades no sabemos llorar. Solamente ciertas realidades de la vida se ven con los ojos limpios por las lágrimas. Los invito a que cada uno se pregunte: ¿Yo aprendí a llorar? ¿Yo aprendí a llorar cuando veo un niño con hambre, un adolescente drogado en la calle, un padre desesperado por llevar el pan a su familia o un jubilado que no puede comprar su medicación? ¿O mi llanto es el llanto caprichoso de aquel que llora porque le gustaría tener algo más?

Jesús, en el Evangelio, lloró. Lloró por el amigo muerto. Lloró en su corazón por esa familia que había perdido a su hija. Lloró en su corazón cuando vio a esa pobre madre viuda que llevaba a enterrar a su hijo. Se conmovió y lloró en su corazón cuando vio a la multitud como ovejas sin pastor. Por eso, seamos valientes, no tengamos miedo a llorar.¹

Argentina, ¿por qué lloras? Lloramos porque nos duelen los 649 combatientes fallecidos y más de mil heridos; lloramos porque nos duele la guerra, nos duele el olvido, nos duele la utilización ideologista de la causa Malvinas; lloramos tantas promesas incumplidas; lloramos fracasos y frustraciones; lloramos también los muertos de la pandemia; lloramos de dolor, lloramos de tristeza, y también lloramos de bronca; lloramos porque nos duele la Patria.

El Papa Francisco le decía a un presidente europeo en octubre del 2020: *Es muy triste cuando las ideologías se apoderan de la interpretación de una nación, de un país y desfiguran la patria. Me viene a la mente en este momento el poema de Jorge Dragone: «Se nos murió la patria». Es el réquiem más doloroso que yo he leído y de una belleza extraordinaria. Ojalá nunca nos suceda a nosotros.*²

Y entonces, me permito compartir esa poesía que recordaba Francisco en aquél discurso:

¹ Cfr. FRANCISCO, *Discurso a los jóvenes*, Manila enero 2015

² FRANCISCO, *Discurso al presidente del gobierno de España*, Ciudad del Vaticano octubre 2020



Arzobispado de
Buenos Aires

“Se nos murió la Patria, hace ya tiempo, en
la pequeña aldea.

Era una patria casi adolescente.

Era una niña apenas.

La velamos muy pocos:

un grupito de chicos de la escuela.

Para la mayoría de la gente era un
día cualquiera.

Pusimos sobre el blanco guardapolvo
las renegridas trenzas, la Virgen de
Luján y una redonda y azul
escarapela.

Unos hombres muy sabios opinaban:

Fue mejor que muriera Era
sólo una patria, nos decía La
gente de la aldea.

Pero estábamos tristes.

Esa patria era la patria nuestra.

Es muy triste ser huérfano de patria.

Luego nos dimos cuenta”.³

María Magdalena se asoma al sepulcro y ve a dos ángeles vestidos de blanco que son justamente quiénes le preguntan por qué llora. Me animo, en el contexto de esta misa, a hacer una interpretación libre, y ponerle nombre a estos dos ángeles: Gran Malvina y Soledad.

³ DRAGONE, Jorge Armando, *Se nos murió la Patria* en “Diez poesías y un solo dolor argentino” Salta 2009



Arzobispado de
Buenos Aires

Desde el Atlántico sur, desde el frío y el viento, escuchamos su voz: *Argentina. ¿por qué lloras?*

Pero, así como esos dos hombres de blanco son indicio de que algo extraordinario e impensado había sucedido, que Jesús había resucitado y Dios venció a la muerte para siempre, también para nosotros volver a hacer memoria de las Malvinas es fuente de esperanza y regocijo, de orgullo, de heroísmo y de soberanía. Decir Malvinas es decir identidad nacional, es decir Patria, es decir historia, presente y futuro, es decir fraternidad porque la causa de Malvinas nos une.

Que, así como María Magdalena no se quedó hundida en su dolor, no se derrumbó por su tristeza, nosotros tampoco. Que seamos capaces de pedir el don de las lágrimas para ver más claro, para limpiar la mirada, y llenarnos de esperanza, divisando desde la costa patagónica aquellas hermanas Soledad, Gran Malvinas y todas las islas del Atlántico sur.

Que nuestras lágrimas y la sangre de nuestros héroes fecunden nuestra amada Argentina para que, de una vez y para siempre, germinen frutos de solidaridad, justicia, y paz para todos sus habitantes.

Que Nuestra Señora de Luján, patrona de Argentina, interceda por todo nuestro pueblo, y como Madre, acaricie y cure las heridas aún no cicatrizadas de la guerra.

Malvinas, por siempre argentinas!

Mons. Jorge García Cuerva

Arzobispo de Buenos Aires

2 de abril 2024